

## 2. Expansionistas, ¡adelante!

EL CAPITÁN JOSEPH LIBBY FOLSOM, comisario de guerra en San Francisco, narró los sucesos del día en sus informes al intendente del ejército en Washington. El 18 de septiembre de 1848, cuando los refugiados de Baja California navegaban hacia Monterey, Folsom recapituló los importantes acontecimientos que transcurrían ante sus ojos. Según él, California yacía aletargada desde tiempo inmemorial, sin energía ni actividad de parte de sus moradores. Aunque hubo norteamericanos y otros extranjeros en la provincia antes del cambio de banderas, la inestabilidad política con sus constantes revoluciones no permitía que los ciudadanos de origen anglosajón pusieran en práctica sistemáticamente la energía e inventiva que se esperaba de ellos.

Un acontecimiento fortuito de pronto lo cambió todo. A fines de febrero de 1848, James W. Marshall, de oficio mecánico, construía un aserradero en el ramal sur del Río de los Americanos, como a ochenta kilómetros del Fuerte de Sutter. Al cavar un canal para el molino, Marshall descubrió pepitas relucientes a la luz del sol en el fondo del acueducto. Pronto extrajo varias bien grandes. Sus obreros, en su mayoría mormones, juraban que eran oro puro y la noticia cundió como bomba en la región. Se exploraron otros puntos del río, y en casi todas partes con éxito. Los primeros informes que llegaron a San Francisco eran fabulosos, increíbles de tan extravagantes, y la gente no les hizo caso sino hasta que vieron llegar cantidades de oro en polvo a venderse en el mercado.

La duda se transformó al instante en certeza, produciendo un efecto mágico en todo mundo. Abogados, médicos, clérigos, agricultores, mecánicos, comerciantes, marineros y soldados abandonaron sus quehaceres cotidianos

para correr en pos de fortuna inmediata. Pueblos y distritos donde todo era actividad, industria y progreso, de pronto se quedaron desiertos, sin un solo hombre: mecánicos, médicos y magistrados volaron juntos hacia las minas; todas las labores cesaron, menos la de buscar oro. El capitán Folsom visitó el distrito minero durante el verano, recabando información acerca de la riqueza de las minas y la cantidad de gente laborando en ellas. Por lo que vio, estimó que eran los arenales auríferos más ricos del mundo. Contó por lo menos tres mil mineros, sumando blancos e indios; y la cifra aumentaba a diario con el arribo de gentes de todas partes de California, Oregon y Sonora, y hasta de las Islas Sandwich, como llamaban entonces a Hawai. "El éxodo de las islas ha sido tal, que ya no queda un solo mecánico en Honolulu —Y lo mismo parece suceder en Oregon, pues las embarcaciones vienen de allí repletas de pasajeros y se habla de multitudes de emigrantes por tierra."<sup>10</sup>

Así se inició la "fiebre del oro", llamada "manía" desde el comienzo. A finales del año, tan pronto llegó la noticia a Nueva York, la fiebre contagió al resto de la nación. El 11 de enero de 1849 la puso en contexto James Gordon Bennett en su editorial del *New York Herald*: observó que la manía cobraba víctimas en todos los estratos sociales, aunque el alto costo del viaje restringía los aventureros a quienes podían pagar el pasaje. Y comentó:

Si el gobierno tuviera necesidad de reclutar doscientos o trescientos mil voluntarios para mandarlos por cualquier motivo a California, llenaría la cuota en menos de tres meses. Todavía está fresco en la memoria el entusiasmo con que se inició la invasión de México después de la primera batalla del general Taylor en el Río Bravo, cuando se engancharon casi cien mil voluntarios de los diversos estados de la Unión. La manía de invadir a México, como se vio en esos días, se quedó corta comparada con la manía por emigrar a California. Esta última es más humana, acarrea menos riesgos para los aventureros, es más poética y al mismo tiempo más práctica y de mayor utilidad que el entusiasmo por invadir a México.

¿A qué conducirá este espíritu general y dominante de emigrar? ¿Será el comienzo de un nuevo imperio en el Oeste? —¿una revolución en las arterias del comercio mundial? —¿una despoblación de los Estados viejos para poblar la nueva república en la costa del Pacífico? Sólo el porvenir dará respuesta a tales interrogantes. ... Sin embargo, de una cosa estamos seguros, de que vamos en camino de hacer de Nueva York en el Atlántico y de San Francisco en el Pacífico, los grandes puertos comerciales del mundo civilizado; ... Cuba, México y Canadá no podrán resistir el espíritu contagioso de la era; gradualmente caerán en el gran movimiento iniciado por la energía e inventiva del pueblo de esta república, que comienzan ya a mostrarse en una gran revolución que marcará la historia futura del mundo civilizado.<sup>11</sup>

La fiebre del oro entró en movimiento en el Atlántico cuando el velero *John W. Coffin* zarpó de Boston el 7 de diciembre de 1848, llevando doce tripulantes y cuatro pasajeros a las minas de California vía Cabo de Hornos. Dos barcos más salieron de Boston antes de fin de año, dos de Nueva York, dos de Salem, y uno cada uno de Bedford y Filadelfia, que en total transportaron 260 personas hasta San Francisco. En el mismo diciembre, otro navío llevó 81 pasajeros a Veracruz para que cruzaran por México, y cinco barcos llevaron 500 emigrantes a Chagres, abriendo la ruta por Panamá, provincia de Nueva Granada (Colombia), cuyo gobierno le acababa de otorgar al gobierno y a los ciudadanos de Estados Unidos "el tránsito franco y libre por el istmo de Panamá en cualquier forma de transporte que exista hoy o que se establezca en el futuro."<sup>12</sup> El gobierno norteamericano a su vez había otorgado a William Henry Aspinwall y sus socios el contrato para conducir el correo entre el Atlántico y el Pacífico. Éstos enviaron el vapor *California*, que zarpó de Nueva York el 6 de octubre de 1848, vía Cabo de Hornos, al Océano Pacífico, para inaugurar el tráfico entre Panamá y San Francisco.

La "forma de transporte" que aguardaba a los viajeros en el istmo de Panamá, primitiva de veras, quedó descrita con lujo de detalles en el *New*

*York Herald* el 18 de diciembre de 1848. Los primeros pasajeros que entonces salían de Nueva York, y los de Nueva Orleans, desembarcarán en un villorrio —cien chozas enclavadas en un pantano en la desembocadura del río Chagres, donde no hay "absolutamente ninguna comodidad". De ahí proseguirán río arriba en canoas impelidas, pértiga en mano, por boteros desnudos en pelota. Navegarán contra la rápida corriente en aguas oscuras y lodosas. No verán una sola aldea ni la menor señal de civilización por ningún lado. Sólo la sombría selva tropical milenaria, cubriéndolo todo hasta el propio margen de los manglares cenagosos que bordean el río, guarida de los hervideros de lagartos que pululan en esa región pantanosa. El pasajero precavido, sin embargo, que permanece quieto en la canoa sin hacer temerarias visitas a tierra, no tiene por qué temer a los lagartos ni a las pequeñas panteras, los monos y las serpientes venenosas que abundan en las riberas. Los viajeros deben llevar sus propias provisiones, pues no podrán adquirir nada en la ruta, y el agua del río es tan sucia que irremisiblemente produce diarrea a menos que se filtre para hacerla medio potable.

A unos 70 u 80 kilómetros de Chagres, de diez a treinta y seis horas dependiendo de la carga del bote y de los brazos que lo impelen, los pasajeros desembarcarán en Gorgona o en Las Cruces. Estas aldeas están situadas en terrenos altos, a treinta y pico kilómetros del Océano Pacífico, y hay un camino que las conecta con la ciudad de Panamá. Dicho camino es una simple vereda llena de hoyos y fango. Tras un viaje laborioso de ocho o diez horas a caballo o a lomo de mula o a pie, (y con tal de que el viajero no haya caído enfermo y lleve poco equipaje), en lontananza asoman las torres de la catedral de Panamá. Una hora más, y llega a la ciudad de cinco a siete mil habitantes: hasta hoy un pueblo quieto y quedo, donde sólo las campanadas sonoras de conventos e iglesias perturban a los caballos que pacen en las plazas cubiertas de grama. La agricultura rudimentaria del istmo ni siquiera produce suficiente azúcar para suplir la capital; los panameños necesitan importar del Perú y Jamaica no sólo el azúcar sino también harina, sal y

demás víveres. El mercado y los alojamientos son pobres. Debido al calor excesivo, el pescado de la mañana se pudre por la tarde. Las aves de corral, verduras y frutas son escasas y caras. El primer hotel abrió sus puertas hace pocos años; antes los viajeros dependían de la hospitalidad de las personas a quienes presentaban cartas de introducción.

Tras una travesía agradable de nueve días desde Nueva Orleans, el vapor *Falcon* descargó en Chagres el primer contingente de emigrantes aquel 27 de diciembre. El agente naviero se adelantó en una lancha expresa a contratar en Gorgona y Las Cruces 300 mulas para los pasajeros y su equipaje. Los 193 viajeros le siguieron a la zaga en otras canoas en el Chagres, todos alegres, esperando partir de inmediato en el *California* para San Francisco. Ciertamente, nadie pensaba en la epidemia del cólera que comenzó a hacer estragos en Nueva Orleans al atardecer el 18 de diciembre, el propio día de su partida. Mas enseguida los pasajeros pernoctaron noche tras noche en el istmo sin señales del *California*, atrasado en su viaje por el Cabo de Hornos. Cuando el vapor a la postre arribó en Panamá el 17 de enero de 1849, seis barcos más habían ya descargado pasajeros en Chagres, rumbo a las minas californianas. Las penalidades que sufrieron en el istmo quedaron impresas en las crónicas que los viajeros mismos enviaron al *New York Herald* y otros diarios:

Chagres consiste en cien chozas de negros ... Varios zopilotes ornamentan cada techo ... Ubicado en terreno bajo y pantanoso, se ve a la legua lo que es el villorrio: morada de pestilencia. ... Todos tuvimos que pernoctar una noche entre Chagres y Las Cruces; la mayoría pasó dos noches en la travesía del río —algunos tres y hasta cuatro. Los boteros desnudos son en general eficientes, tolerablemente honestos y corteses. En la ribera dormimos en chozas como las de Chagres, con piso de tierra y sin nada de comer. Donde hubo gallina, costaba un dólar, y setenta y cinco centavos para cocinarla. En ninguna parte hubo pan, ni azúcar, ni te, ni leche ni carne. Y aun esas chozas son aisladas

y pocas. ... Las Cruces es casi tan bajo y tan desagradable como Chagres. Nos vimos forzados a pasar ahí varios días por falta de transporte. Es imposible dar una idea del camino de Las Cruces a Panamá. Por más que alguien se esfuerce, no podrá imaginarlo. Fangales en los que las mulas se hundan de barriga; montones de piedras canteras que en tiempos de los galeones españoles quizá formaron pavimento; hondonadas cavadas en roca sólida a fuerza de uso ... todo se combina para hacer de éste el peor camino transitado hoy en la faz de la tierra ... Pero falta narrar lo más doloroso de nuestra vivencia. En Las Cruces se desató entre nosotros una violenta epidemia del mortífero cólera morbo ... Un consejo a nuestros amigos en los Estados Unidos que se mueren de ganas por ir a California: Primero: quédense en casa. Segundo: si deciden ir, tomen cualquier ruta menos ésta.<sup>13</sup>

El *California*, supuesto a acomodar 250 pasajeros, se llevó 350 de Panamá el 31 de enero de 1849, inaugurando la ruta a San Francisco en el Océano Pacífico. Sobrecargado y escaso de carbón, el barco apenas alcanzó llegar a Monterey en 24 días tras agotar el combustible y quemar todos los palos, tablas, barriles y demás piezas de madera disponibles. En Monterey una cuadrilla de pasajeros bajó a tierra a cortar leña para las últimas noventa millas del viaje. Al anclar en San Francisco, el 28 de febrero, todo mundo corrió hacia las minas, excepto el capitán y el teniente de navío que se quedaron cuidando el vapor ocioso en el puerto por más de dos meses, sin combustible y sin tripulación.

Los "calenturientos del cuarenta y nueve" convergieron sobre California de todos los rincones del mundo por todas las rutas disponibles. Entre el 1 de enero y el 11 de abril, 5.000 arribaron por mar, la mitad de ellos norteamericanos, y 1.000 mexicanos por tierra. En el resto del año, 806 barcos entraron en la bahía de San Francisco, sumando 39.888 seres humanos a la población californiana: 30.766 norteamericanos y 9.122 extranjeros; 38.467 varones y 1.421 mujeres. A éstos hay que agregar 6.000 mexicanos

llegados de Sonora después del once de abril; por lo menos 3.000 marineros que desertaron de sus barcos en San Francisco; 500 pasajeros que desembarcaron en otros puertos de Alta California; y, claro está, de treinta a cuarenta mil emigrantes que cruzaron el continente en caravanas de carretas por las praderas. Casi todos éstos llegaron por el Camino de Oregon, atravesando las Montañas Rocosas y la ruta del río Humboldt; unos 2.000 usaron el Camino de Santa Fe y la ruta sur del río Gila.

La corriente continuó sin descanso. El primer censo, en la primavera de 1850, aunque imperfecto debido a las circunstancias, no obstante refleja la imagen de la nueva California que surgía con la fiebre del oro. Norteamericanos nativos, incluyendo negros libres y demás gentes de tez oscura: 69.611; extranjeros: 22.358; total: 91.969. De los norteamericanos, 6.600 eran oriundos de California, 38.600 de estados libres, 24.000 de estados esclavistas y 400 del Distrito de Columbia y territorios federales. Los extranjeros provenían de todas partes del mundo. Los recién llegados enseguida fundaron numerosas ciudades: dieciocho nuevas poblaciones surgieron en el norte de la región antes de julio de 1849. La lista de los artículos enviados de Nueva York a San Francisco ese año, condensa la historia del rápido ascenso y la futura grandeza de California: más de cuatro millones de pies lineales de maderas de construcción, más de un millón de tejas, seis hoteles completos, diez almacenes, nueve boliches, 372 casas de madera, 49 casas de hierro, y muchas otras cosas más. El corresponsal del *New York Herald* evaluó la situación al concluir ese año memorable:

San Francisco, California, 31 de diciembre de 1849.

En esta última noche del año de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y nueve, me siento en una silla en una casa magníficamente amueblada, construida en un predio que hace un año era un yermo, para escribirles mi epístola mensual. Las revoluciones de la tierra producen grandes cambios en todas partes, pero en ningún punto de su superficie se ha

producido uno mayor que aquí en San Francisco en los últimos trescientos sesenta y cinco días. En ese lapso, las estériles colinas arenosas se han cuajado de hogares, y los corrales de las bestias y del ganado se han convertido en calles bulliciosas de comercio y tráfico. El puerto casi desierto se ha llenado de los navíos de altos mástiles que trajeron a estas costas treinta mil seres humanos. La raza anglosajona ha mostrado su célebre energía, inventiva y perseverancia, con mayor efecto en California que nunca antes en parte alguna del globo. Este año se construyeron cuatro mil casas en San Francisco, y ni el dique de Nueva Orleans ni los muelles de Nueva York exhiben un comercio igual al que se ve en este puerto. Entre las diversas mejoras, se construyeron varios muelles; el más grande, el Central, hecho por una sociedad anónima, se extiende ya doscientos noventa pies dentro de la bahía por lo que los barcos ya atracan y descargan en él, y cuando lo terminen tendrá dos mil cien pies de largo. Se han construido siete iglesias —dos episcopales, dos presbiterianas, una bautista, una metodista y una católica; ya escuchamos, pues, "los santos evangelios" en la Casa de Dios, además de oír un sermón desgarrador que un ministro ambulante metodista predica a pulmón partido en la plaza todos los domingos por la tarde. Se está construyendo un amplio teatro, bajo la dirección del coronel H.T. Myers, y todas las noches hay una buena función de circo. La ciudad está atestada de gente. Diario llegan barcos con centenares de pasajeros —a muchos de ellos les espera un futuro brillante, pero muchos otros acabarán amargamente desilusionados ... La legislatura estatal inició sus sesiones el 15 de diciembre en el pueblo de San José, y el Gobernador Burnett tomó posesión el 21. Les envió copia de su discurso y mensaje ... Nuestros senadores y diputados salen mañana en el vapor *Oregon* para Estados Unidos ... El ex-gobernador Shannon anda en el Yuba buscando oro en el río ... El *California* zarpará el 15; hasta entonces, adiós. (Firma) CALIFORNIA.<sup>14</sup>

Otros cronistas enfocan diversos aspectos de la nueva ciudad. Edmund Randolph, abogado amigo de William Walker, en septiembre de 1849 le comunica desde San Francisco que "éste no es lugar para traer uno

a su familia. Siempre será una gran Babel comercial donde el demonio Mammón muestra por sus acciones que originalmente vino del infierno."<sup>15</sup> En unos cuantos párrafos de esa larga misiva, Randolph transmite el retrato de la California transformada:

... Como ya te dije, pago \$200 mensuales de alquiler por el espacio de doce pies cuadrados que me sirve de oficina. Queda en el segundo piso, uno de tantos en una larga hilera. Abajo todo es tabernas y tahúres ... Es de noche —salgamos a la calle a ver qué es esa bulla que se oye. Se trata de un sujeto con una gran campana, anunciando entre campanazos la apertura de otro casino y taberna, donde se expenden los mejores licores y bocadillos de San Francisco. ... Unos pocos pasos más y estamos en la plaza. Por todos lados brillan las luces y se oyen los acordes que emanan de las casas de madera y cubículos de lona. Sitios casi todos dedicados a la comida y bebida y el juego, y la música entretiene a los parroquianos ... A uno lo horroriza la maldad del lugar, pero es justo reconocer que estos proveedores de placeres al público también contribuyen apreciablemente en provecho de la población. Los tahúres son los capitalistas que prestan el dinero necesario para construir la ciudad, a intereses módicos de 12 a 15 por ciento mensual; también pagan buenos alquileres y hacen que los terratenientes se crean ricos. Además, casi todos cierran los domingos y aportan con liberalidad para levantar las iglesias y mantener a los predicadores. ... La ruleta gira en movimiento perpetuo, las barajas no descansan, los dados nunca dejan de sonar ... Pero no vayas a creer que lo único que se hace aquí es juegos de azar ...

Antes de abandonar la plaza echemos una mirada ahí, donde hay una luz sin música. Es el juzgado, y el juez es un ex-coronel del Regimiento de Voluntarios Neoyorquinos. ¿Quién será aquel viejo con un pañuelo negro en la cabeza y una manta sobre los hombros, hablándole a Su Señoría? Es un californio, que probablemente estaba aquí mucho antes de que naciera el juez. Está tratando de presentar una queja, mientras Su Señoría trata de meterle en la cabeza que necesita un intérprete, porque él no entiende español. El viejo

jamás necesitó un intérprete cuando se presentaba ante el alcalde, y por lo tanto persiste en explicar su caso en su idioma ininteligible. El juez se irrita y llama al sheriff, quien sujeta al viejo por los hombros y lo echa del juzgado a empellones: el californio se encuentra exiliado en su propio país, [es paria en su patria], en donde su lengua materna se volvió extranjera ...

Volviendo a la plaza, vemos dos o tres carretas, asombrosamente pesadas y toscas, con unos bueyes bien grandes amarrados de los cachos. Son las que traen los finqueros nativos con verduras y frutas al mercado. Ahí están, en montones de canastos y sus dueños dormidos a la orilla, envueltos en sus frazadas. En la mañana los verás vendiendo uvas a seis reales la libra, y peras verdes y duras a tres por un real. Los angloamericanos tomarán unas cuantas y pasarán aprisa a comprar o vender el cargamento de un buque y manzanas enteras de terrenos urbanos —cien mil dólares a la vez. Y allí tienes a California como era y como es.<sup>16</sup>

Y allí vemos al norteamericano, expansionista, transformando a California en 1849. El general de brigada R.B. Manson, comandante militar de California, asumió la administración de los asuntos civiles al terminar la guerra en 1848. Manson se hizo Gobernador *ex officio* conforme lo requerían las leyes mexicanas que continuaban vigentes, mas la organización política y el sistema judicial que entonces se establecieron eran decididamente inadecuados para lidiar con la avalancha humana de la fiebre del oro. El caos que sobrevino de inmediato lo condensó en una frase el corresponsal en San Francisco del *Times* de Londres. "Lo que hay en California", escribió, "es un no-gobierno y un no-poder judicial".<sup>17</sup> Para julio de 1849, dos pandillas de fuerzas irregulares llamadas "Ciervos" y "Sabuesos" implantaban el reino del terror en una lucha armada que era sólo parte de la enconada contienda política por el poder.

Los mormones sacaron ventaja al comienzo. Se apoderaron de extensos terrenos en San Francisco, por lo que necesitaban autoridades que les otorgaran títulos de propiedad para legalizar su posesión. Con ese fin

organizaron ellos solos una "Asamblea Legislativa del Distrito de San Francisco" y realizaron una "elección" en la que sus "Sabuesos" actuaron de jueces electorales. La "Asamblea" luego armó a los Sabuesos para que auxiliaran con sus armas a la autoridad civil. Pronto entraron en acción: incursionaron en la alcaldía y se llevaron los libros del Registro junto con todos los archivos municipales. Cuando un chileno recibió a balazos a un Sabueso, la pandilla entera rodeó la casa del sudamericano, le confiscó su propiedad y lo deportó. El domingo siguiente los Sabuesos desfilaron por las calles, marchando al compás de pífano y tambor hasta el barrio de tiendas de campaña de los chilenos en las colinas que dominan la ciudad. Atacaron con ferocidad: saquearon los hogares, mataron a cuatro vecinos e hirieron a trece, "y habiéndose saciado de sangre y botín, contramarcharon a su cuartel en la taberna felizmente llamada Tammany Hall"<sup>18</sup> Y la matanza continuó cuando los Sabuesos enseguida salieron enloquecidos de la taberna a matar y herir gran número de chilenos, franceses y españoles. El corresponsal del *New York Herald* narra así el final del episodio:

... Esa acción de los Sabuesos fue la señal para que actuaran los amigos del orden. Centenares de individuos que habían sufrido sus desmanes deseaban tomar armas para deportarlos por la fuerza. Se efectuaron varias reuniones, hubo discursos, el alcalde ofreció recompensas a quienes los aprehendieran, y durante el lunes y martes cesó la fiebre del oro, permitiendo que ardiera la fiebre de la ley y el orden. Se organizó un cuerpo de policía, y para el jueves en la noche por lo menos veinte Sabuesos, atados de dos en dos, yacían en la perrera del barco de guerra *Warren*.

El potente legislador, Juez Lynch, jamás hizo justicia con mayor solemnidad que la de aquí bajo el lema de "la ley y el orden". ... El juicio entero fue una farsa completa, desde el principio hasta el fin. ... Como resultado, cuatro de los Sabuesos en la perrera del *Warren* fueron ya sentenciados a diez años de prisión y van en camino a la cárcel federal del Distrito de Columbia.<sup>19</sup>

Con todos los defectos de ese juicio sumario, la expulsión de los líderes cerró para siempre el capítulo de los Sabuesos en los anales del crimen en San Francisco e instauró el reino de "la Ley y el Orden" en la nueva sociedad californiana. La elección de delegados el 1 de agosto, la Convención Constitucional en Monterey del 1 de septiembre al 13 de octubre, y la subsiguiente ratificación de la Constitución estatal en los comicios del 13 de noviembre de 1849, transcurrieron todas en forma ordenada, aparente modelo de democracia. La esclavitud —la cuestión candente del día, que agitaba al Norte y al Sur en el sector Atlántico del continente, no presentó problema alguno para los votantes del Pacífico. Su repudio contundente de la institución sureña lo expresó con elocuencia un minero del valle del Sacramento, quien observó:

Uno de los temas principales en la elección, era el de decidir si se permitirá o no la esclavitud en California. El candidato, aunque originario de Luisiana, se oponía sin ambages a que se meta aquí la esclavitud, y en consecuencia todos votamos por él. En cuanto a mí concierne, concuerdo con el viejo montañés que en su arenga, arrecostado sobre el poste de la tienda de campaña, nos dijo que en un país donde todos los blancos se esclavizan trabajando no hay para qué traer negros. Yo deposité mi papeleta en la urna —que antes fuera una caja de candelas— de acuerdo con esa opinión.<sup>20</sup>

Los cuarenta y ocho delegados reunidos en Monterey en septiembre incluían dieciséis sureños, pero al elaborar la Constitución de California aprobaron unánimes una cláusula declarando que "No se permitirá jamás en este Estado ni la esclavitud ni la servidumbre forzosa, excepto cuando ésta sea en castigo de un crimen".<sup>21</sup> Los votantes ratificaron esa Constitución en noviembre, alineando a California entre los Estados Libres por un margen abrumador de diez a uno. En el distrito de San Francisco la proporción fue de 410 a uno.